

Antoine Wauters

MAHMUD O EL SEÑOR DE LAS AGUAS



Editorial Demipage
Válgame Dios, 6. Madrid 28004
00 34 91 563 88 67
www.demipage.com

© Editorial Demipage, 2023
© 2021, Éditions Verdier

Avec le soutien de la fédération Wallonie – Bruxelles



TRADUCCIÓN
Borja Mozo Martín

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA
Jean-François Martin

ISBN
978-84-126069-7-3
DEPÓSITO LEGAL
M-24603-2023

Octubre de 2023
IMPRESIÓN: Estugraf impresores

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Demipage

presenta a

Antoine Wauters

en

MAHMUD O EL SEÑOR DE LAS AGUAS

Traducción
Borja Mozo Martín





*La vida es estar continuamente mojado.
La vida es nadar en el pequeño estanque
del presente.*

SOHRAB SEPEHRI

Con mis mejores recuerdos al director Omar Amiralay, que falleció en Damasco en febrero de 2011, y cuyo ciclo documental dedicado a la presa de Tabqa me marcó, nutrió e inspiró profundamente.

Los caminos verde y oro que traza mi linterna

1

Al principio, siempre me palpo el corazón unos segundos
para comprobar que sigue latiendo.

Porque siento que me muero.

Me ajusto las gafas desde la proa.

Y meto las piernas en el agua.

El viento sopla fuerte.

Habla.

Lo escucho.

A lo lejos, los campos de sandías,
el tejado de la antigua escuela y las flores de azafrán.

El agua fría a pesar del sol,
y la corriente cada día más violenta.

Pronto desaparecerá todo esto.

¿Y tú crees que las cámaras del mundo entero
moverán un solo dedo para contarlo?

¿Tú crees que será lo suficientemente televisivo para ellos,
Sarah?

Qué más da.

De cuclillas en la proa, veo mi cabaña,
una vaca pasta a la sombra,
la inmensidad del cielo.

Todo queda lejos.

Cada vez más lejos.

Me coloco el tubo. Ajusto la luz frontal.
Y aleteo despacio con el cuerpo en vertical.
Aspiro fuerte, hondo,
y todo lo que conozco y me hace huir,
todo lo que ya no soporto, pero persiste,
todo lo que se nos viene encima sin haberlo pedido nunca,
lo deajo atrás.
Una sensación exquisita.
Una gozada.
Enseguida me hundo, desaparezco, pero ya sin miedo,
mi corazón se ha acostumbrado.
El agua me arrastra, entre despojos.
Los ignoro.
Algas muertas.
Las ignoro.
No quiero ver la oscuridad.
Las profundidades lo tiñen todo de amarillo y verde turbio.
El agua cada vez más fría.
Pura.
Si apagara el frontal, todo quedaría a oscuras,
y salvo esas burbujas de aire
que voy soltando una a una
salvo el plancton pegado a mi cuerpo,
no habría nada.
Sigo aleteando.

A partir de aquí, pienso en ti en nuestra cama,
seguramente inmóvil, o a la sombra del ciruelo,
leyendo a los poetas rusos que tanto te gustan.
Maiakovski.
Ajmátova.
Tu corazón como una zarza en llamas
cada vez que lees a los rusos.
Y ya soy incapaz de decir te quiero.
Visitamos Beirut, Damasco, París
al ritmo de mis poemas.
Verano del 87.
Hemos disfrutado tanto el uno del otro,
vivido juntos sin el menor desgaste,
conocido el miedo, el hambre, el aislamiento,
y ahora mismo soy un hombre roto,
Sarah,
separado de mi propia vida.
Ya no puedo más, créeme.
Cuando se pierde a un hijo, o a varios,
o a un hermano, o a quienquiera que se ame con locura,
ya no caben festejos en el corazón.
Si acaso un minúsculo pedazo de felicidad.
Apenas una sonrisa.
Y se queda uno como yo:
separado.

Destruído.
Sigo aleteando, ligero, cada vez más ligero
para no lastimar el agua.
No vayas a lastimarla, abuelo.
Al fondo, el minarete de la gran mezquita.
Lo rodeo.
¡Qué maravilla!
Peces.
Más algas, hinchadas como la cabellera de los muertos.
Los caminos verde y oro que traza mi linterna.
Allá arriba se bambolea mi barquita,
mi cáscara de nuez, un ala de insecto al viento.
Sin olvidar el sol, que incluso aquí me persigue.
Me molesta la mancha, pero no he llegado hasta aquí
para pensar en estas cosas.
Me encuentro bien.
No es una distancia física. Es el tiempo.
Mi reencuentro con lo que se ha perdido.
Mi reencuentro con el tiempo perdido.
Busco una mesa libre en la terraza del café Farah
y no veo más que bancos de peces.
Me miran un segundo antes de esfumarse.
Regreso a la barca.
Y subo sin clavarme la tuerca de mariposa.
Todo sigue aquí.

Respiro.
Hay días en que no encuentro fuerzas para sumergirme.
El viento de la nostalgia sopla demasiado fuerte,
y sentado de espaldas a los combates,
recuerdo mis años de cárcel
y entiendo que mis hijos hayan tomado las armas,
que se hayan ido a luchar.
Por un momento yo también quiero.
Quiero luchar.
Me hierve la sangre.
Hasta que comprendo que no quedan ya enemigos.
Estamos solos.
Tan solos como en aquella celda a la que acudían
a clavarme astillas en las uñas y meárseme encima.
Clavarme astillas en las uñas, meárseme encima.
Tres años.
Nunca te lo he contado así, perdona.
Desde el verano del 87, a nuestro regreso de París,
hasta el otoño del 90.
Ya habían nacido nuestros dos hijos y nuestra querida Nazifé.
Todos los días me hacían escribir alabanzas al régimen.
Chorradas a favor del régimen.
«Amo a nuestro Presidente.
Para mí no hay otro igual.
Jamás he conocido a otro

como el Presidente al Asad.
Un líder como él.
Un hombre tan bondadoso.
El padre del pueblo.
Ayuda a los pobres.
Combate la corrupción, la injusticia,
un árabe de verdad.
Se echa la nación a la espalda
ante la mínima amenaza, etc.»
Me sumerjo de nuevo.
Para ver lo que mi memoria ha dejado escapar.
Los árboles.
Los árboles sobreviven en el fondo del lago*¹
Pero no hay quien los reconozca.
Algunos conservan las yemas,
raquíticos cascabeles de color malva,
los dedos del pie de un niño.
Me gustaría que vieras cómo tiemblan
cuando los apunto con la linterna y acerco mi mano.
Minúsculos grilletes diciéndome adiós.
Entonces pienso en nuestros hijos.
Quédate, Elmachi.
No te vayas.
Abajo, en lo hondo, a una profundidad inalcanzable, creo ver
la puerta hundida, el aljibe, las ventanas rotas de la casa y, tras

1. Las expresiones y alusiones histórico-geográficas seguidas de un asterisco aparecen explicadas al final del texto. (N. del A.)

ellas, tras ellas las cortinas azules, la sonrisa de mamá que me invita a acercarme y papá a su lado.

Ahora aleteo más deprisa.

Al alzar la vista, distingo el cuerpo deformado de las ranas que flotan sobre mí, sus dedos separados, sus vientres rubios y rosados apuntando hacia mí, como impresos en la pantalla de luz.

La barca parece tan lejos...

Siento el peso del agua contra el pecho como esa fuerza que aprieta la base de la presa*, dispuesta a romperla.

Mis pulmones se vacían del todo.

Antes era incapaz de llegar tan hondo.

La costumbre.

Pero me quedo ya sin aire.

¡Vuelve a la superficie, Elmachi!

Aleteo hacia la luz con los brazos pegados al cuerpo.

El mundo, su belleza destruida por el miedo.

Campos de sandías, pepinos, luz y cielo.

Ahí está mi cabaña, plantada entre un par de piquetas, a tres metros sobre el nivel del agua.

Bien oculta, apartada.

Muy bien escondida.

Me envuelvo en la camisa amarilla.

Camino.

A apenas unos kilómetros (apunta hacia el sur)
están matando civiles.
Allí (sigue apuntando hacia el sur) están cortando cabezas.
Y allí (señala el oeste), noche y oscuridad.
Más cabezas cortadas, Sarah.
Niños con los dedos rígidos para siempre.
Noto tu aliento.
Estás ahí.
Acabas de fumar, lo sé. Es tu secreto.
Siempre has fumado a escondidas.
¿Adónde vas?
¿Por qué te marchas ya?
Te oigo murmurar
a medida que te alejas.
Todos los días igual, amor mío.
Me preguntas mientras te desvaneces
si la inmersión ha ido como quería.
Si he podido leer y escribir como quería.
Mahmud.
Pronuncias mi nombre.
Suavemente.
Con ternura.
Pon el agua del té a calentar, Mahmud.
Y te vas.
Mientras pienso que nuestros hijos se han ido

y el peso de la tierra me aplasta las sienes,
siento que necesito estar solo,
llorar.
¿Cuándo sabe uno que se le ha muerto un hijo,
Mahmud? ¿Cuándo lo sabe con certeza?
Vuelves sobre tus pasos.
Apoyas tu mano en mí.
Hoy, dices, he tenido la sensación de dar a luz a Nazifé.
El mismo dolor.
Salvo que esta vez entraba en mi vientre.
Nuestra hija entraba en mí.
Acaricio tu mejilla helada mientras miro la luna, Sarah.
Sin decir nada.
Mi plato de pepinos está vacío.
El mundo entero está vacío.
¡Sueño, acude a mí!